

# Cultura, tradición y modernidad en la ciudad latinoamericana

**Roberto Segre**

*Profesor. Univesidad Federal de Río de Janeiro.*

Era necesario llegar a finales del siglo xx para que políticos, empresarios y urbanistas asumieran la significación cultural de las centralidades tradicionales y su importancia como expresión de la memoria social histórica, cuyo legado deberá perdurar en las generaciones venideras. El equilibrio entre el uso comunitario del espacio público y la expresión de valores estéticos en los atributos arquitectónicos y urbanísticos, fue una de las características básicas de la ciudad colonial, que perduró hasta el siglo xix.<sup>1</sup> Si la expansión hacia afuera de los límites de las murallas, caracterizada por avenidas y alamedas neoclásicas, prolongó hacia el suburbio el escenario refinado de la vida recreativa de la burguesía, fue a inicios del siglo xx que la monumentalidad ecléctica cambió la escala de la centralidad, adaptada a los nuevos rituales establecidos por las élites locales.<sup>2</sup> La asimilación de los modelos europeos en las capitales latinoamericanas transformó las introvertidas Plazas Mayores en una exhibición monumental de edificios públicos representativos del poder republicano, aunque articulados con la herencia colonial.<sup>3</sup> Sin embargo, el lenguaje de los órdenes clásicos mantuvo los valores estéticos y culturales de la ciudad

burguesa hasta la década de los años 30.<sup>4</sup> Resultó una excepción la demolición total de los edificios originarios de la colonia, en Río de Janeiro (1922), cuando el gobierno municipal arrasó el Morro do Castelo que los contenía con el fin de crear un espacio disponible para oficinas y edificios gubernamentales en el área central.

La irrupción de la modernidad trajo aparejado el cuestionamiento de la herencia histórica, y la propuesta de una tipología urbana basada en las «grecas» y las torres cartesianas diseñadas por Le Corbusier, sumergidas en grandes espacios verdes concebidos para el tiempo libre de la comunidad. El centro abandonaba su ancestral función lúdica identificada con el *flâneur* de Baudelaire, y fue transformado en el ámbito del capital financiero internacional y el exhibicionista del comercio y el consumo. Intervenciones radicales que estuvieron presentes en la Plan Director de Buenos Aires de Le Corbusier, con Juan Kurchan y Jorge Ferrari Hardoy (1938); en el Barrio Sur, de la capital porteña de Antonio Bonet (1956) y en el Plan Director de La Habana de José Luis Sert (1953).<sup>5</sup> En estas propuestas —afortunadamente no realizadas— se barría con el

contexto histórico, y se conservaban algunos monumentos coloniales aislados, intentando conformar la proyección futura de la ciudad moderna. Ejemplo aplicado en Caracas, Santiago de Chile, Bogotá y Lima, ciudades que perdieron significativas áreas del centro tradicional.<sup>6</sup>

A pesar de las destrucciones acaecidas durante la Segunda guerra mundial en las áreas centrales de Londres, Berlín, Rotterdam, y Varsovia, que obligaron a formular una nueva imagen gestada en el difundido libro *The Heart of the City* —elaborado a partir del Congreso de Arquitectura Moderna en Hoddesdon (1951)<sup>7</sup>—, basada en el modelo norteamericano de las altas torres de oficinas en la configuración del *business district*, sugirió un movimiento de defensa de los centros tradicionales de Europa.<sup>8</sup> Bajo la égida de la UNESCO y el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos (ICOMOS, por sus siglas en inglés) fueron definidas las políticas de salvaguarda de la ciudad histórica, rápidamente asumidas por los urbanistas e instituciones progresistas de América Latina. No es casual que en las últimas dos décadas fueran declaradas Patrimonio Cultural de la Humanidad, múltiples conjuntos coloniales de la región, entre ellos, La Habana, Ciudad México, Lima, Puebla, Guanajuato, Cartagena de Indias, Cuzco, Olinda, Ouro Preto, Zacatecas, Valparaíso, Cuenca, Quito, Trinidad.<sup>9</sup> Al contenido cultural de los programas de conservación y restauración su sumó la creciente importancia del flujo turístico en la región, que constituyó un motor económico importante para llevar a cabo significativos proyectos arquitectónicos y urbanísticos, en algunos casos con la nefasta influencia del modelo Disney.<sup>10</sup>

En el presente ensayo, seleccionamos las intervenciones llevadas a cabo en algunas ciudades capitales de la región. Ello no significa que posean menor importancia otras similares, entre las que podemos citar, en las Antillas, la restauración del Viejo San Juan en Puerto Rico, el minucioso trabajo realizado por el Historiador de la Ciudad de La Habana para recuperar el conjunto arquitectónico de La Habana Vieja, y la defensa de la extraordinaria homogeneidad urbanística de Cartagena de Indias, en el Caribe colombiano. En el eje andino, sobresalen la vitalización y refuncionalización de los centros de México DF, Bogotá, Lima y Quito, tradicionalmente ocupados por los estratos más pobres de la población y deteriorados por la circulación vehicular y el comercio informal. En Argentina, la iniciativa de Miguel Ángel Roca en Córdoba resultó pionera, en los años 80, en la búsqueda de una integración entre la herencia colonial y la arquitectura moderna.<sup>11</sup> En Brasil, desde 1937, fecha en que fuera creado el Instituto do Patrimonio Histórico e Artístico Nacional (IPHAN), el Estado

defendió con énfasis la preservación de las ciudades coloniales. Sin embargo, no resultó fácil mantener incólume el espacio tradicional en las metrópolis como Río de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre y Belo Horizonte, bajo la presión de los intereses especulativos y de los modelos de la modernidad metropolitana. Entre los años 80 y los 90, los gobiernos municipales realizaron obras significativas: el «Corredor cultural», en el centro de la capital carioca, y las recientes operaciones de morfogénesis en los principales monumentos de São Paulo. Fueron reciclados la Pinacoteca Nacional, la Estación de Ferrocarril Julio Prestes —convertida en una sala de conciertos— y el edificio Mackenzie de la empresa eléctrica, transformado en un centro comercial.<sup>12</sup> Representan ejemplos de la conciencia comunitaria sobre la importancia y significación de la cultura urbana como marco indispensable de la vida cotidiana.

## El regreso de Gardel: Puerto Madero en Buenos Aires

Carlos Gardel y el puerto constituyen dos referencias icónicas de Buenos Aires, asociadas al tango y a la denominación de «porteños» a los habitantes de la capital argentina. A la vez, establecen el cordón umbilical con Europa, tanto mediante la travesía marítima para llegar al país —Borges afirmaba que si los mexicanos descendían de los aztecas y los peruanos de los incas, los argentinos descendían de los barcos—, como en la triste metáfora de la nostalgia, contenida en el tango «Volver». De allí que la recuperación y morfogénesis de los antiguos almacenes de Puerto Madero —que en Plan Director de Le Corbusier fueron condenados a la demolición—, constituyeron, a pesar del carácter «gentrificado» de la operación urbanística, un factor positivo para la reactivación del espacio público de la *City* de Buenos Aires. Iniciativa promovida en la década de los años 90 —durante el gobierno de Carlos Menem—, estuvo asociada a las políticas de renovación urbana llevadas a cabo en las capitales «mundiales» en busca de una rentabilidad económica a través del *marketing* y de las inversiones del capital financiero globalizado. Constituyó la mayor inversión de capital de América Latina —aproximadamente dos billones de dólares, aportados por el capital público y privado—, basada en el modelo «Barcelona»;<sup>13</sup> en las iniciativas portuarias inglesas desarrolladas en Liverpool y en los *docklands* de Londres, así como en las neoyorquinas de *Battery Park* y *South Sea Port*, en Manhattan.

El reciclaje de los depósitos de ladrillo y estructura metálica dispuestos a lo largo de un eje de veinticinco manzanas —pertenecientes a la *functional tradition* y

similares a los construidos en los puertos ingleses en el siglo XIX— permitió la inserción de oficinas, restaurantes, instalaciones universitarias y culturales y costosos *lofts* residenciales. Concentración de actividades diferenciadas, que atrajo las sedes de empresas transnacionales, realizadas por arquitectos locales y extranjeros pertenecientes al *jet set* profesional: César Pelli construyó la torre República y el Bank of Boston; Kohn, Pederson & Fox con Hampton y Rivoira, las oficinas de la Telecom; HOK International y Aisenso, el edificio Malecón. En los terrenos libres aledaños que contenían los silos y la playa del ferrocarril, entre los almacenes y el Río de la Plata —con una extensión de 175 ha—, fueron construidas lujosas torres de departamentos y hoteles de cinco estrellas: el Hilton de Mario Roberto Álvarez y el reciente Porteño Building (2004), del diseñador Philippe Starck, contenido en un silo reciclado en el que contrastaron las rústicas superficies exteriores de ladrillo con el sofisticado *kitsch* interior. El *marketing* arquitectónico y escenográfico se completó con el puente peatonal de Santiago Calatrava y el museo Fortabat de Rafael Viñoly. El carácter elitista de Puerto Madero coincidió con el sueño utópico de Menem, quién declaró la pertenencia de Argentina al Primer mundo, asociando el peso local al dólar por ley nacional, artificio especulativo que tuvo como consecuencia la mayor crisis económica y social de la historia argentina en el siglo XX.

Sin embargo, Jorge Moscato, urbanista participe en la elaboración del plan director, afirmó que esta intervención fue positiva para la ciudad. En primer lugar, porque detuvo la migración de empresas y corporaciones internacionales hacia los nuevos centros financieros suburbanos —surgidos en toda América Latina—; y también logró radicar en el espacio de la *city* una población de altos recursos, evitando así su decadencia y vaciamiento, y creando una renta que resultó significativa para el equilibrio económico del gobierno municipal. En segundo, porque la iniciativa de reactivar el espacio público en la costa sur de la ciudad revirtió el proceso de privatización favorecida por el gobierno de Menem en la costa norte, concretada en el asentamiento de exclusivos centros recreativos.<sup>14</sup> El objetivo consistía en llevar a cabo el viejo sueño lecorbusierano de integrar la ciudad al Río de la Plata —único espacio paisajístico y pulmón verde y marítimo de la capital—, definiendo las nuevas funciones del tiempo libre, no solo a lo largo de la costa, sino también en la isla artificial creada por la dictadura militar en los años 70 frente a la Costanera Sur, concebida para contener un exclusivo centro financiero. Con el regreso de la democracia, constituyó la Reserva Ecológica, un gigantesco pulmón verde, aún agreste y salvaje.

El rescate del contenido social y cultural del espacio público en el borde costero de Buenos Aires, tanto en la capital como en la extensión suburbana del territorio provincial, fue uno de los principales objetivos de los gobiernos municipales, en la última década del siglo XX. Al promulgarse el Plan Urbano Ambiental (1998), se acometieron los proyectos de parques, instalaciones culturales y deportivas, realizados por jóvenes arquitectos locales, con alta calidad de diseño. Citemos entre ellos a Baudizzone, Lestard & Varas; Dujovne & Hirsch; Juan Carlos López; Manteola, Sánchez Gómez, Santos y Solsona; Hampton & Rivoira; Mario Roberto Álvarez y Claudio Vekstein. Este último tuvo a su cargo el diseño del Parque de la Costa, a lo largo de un kilómetro, en la Municipalidad de Vicente López, que transformó una «tierra de nadie» en un bello conjunto paisajístico polifuncional.<sup>15</sup>

## Espacios democráticos en Montevideo

Uruguay, país que posee una población aproximada de tres millones de habitantes, concentra en Montevideo más de la mitad de sus habitantes, con un índice de urbanización de 90%. Ello significa que, a inicios del siglo XXI, el concepto «cerrado» de ciudad fue sustituido por la visión más incluyente, a escala del país, de «territorio urbanizado».<sup>16</sup> Esta pequeña nación, considerada en los años 50 la «Suiza de América», poseía un alto nivel educativo y cultural, basado en el predominio de la clase media dentro de la estructura social. En los años 70, la dictadura militar provocó una crisis económica que generó un fuerte movimiento migratorio hacia Europa y Australia, y el brusco descenso del nivel de vida de la población. Restaurada la democracia en los años 80, los gobiernos neoliberales fomentaron la integración de Uruguay en el sistema financiero globalizado y neoliberal, aspirando convertirlo en un centro económico de nivel continental: en Montevideo radicó la sede permanente del Mercosur. Las fuerzas progresistas, aglutinadas en el Partido Frente Amplio, combatieron esta orientación y en la contienda política lograron imponerse en la municipalidad de Montevideo —en 1990, asumió el cargo el doctor Tabaré Vázquez, sucedido en 1995 por el arquitecto Mariano Arana, elegido por dos períodos—, y finalmente en la Presidencia de la República, con el nombramiento de Tabaré Vázquez, en 2004.

Esta trayectoria política condicionó las intervenciones urbanas en Montevideo, caracterizadas por su contenido social, ajenas a proyectos asociados a las inversiones extranjeras o a la creación de sofisticados centros recreativos y de consumo. Fueron paralizados los planes elaborados en los años 50, que pretendían

**La experiencia desarrollada en Bogotá constituye un modelo significativo en América Latina, no solo por la calidad estética y el valor cultural de los proyectos ejecutados, sino principalmente por la preocupación de multiplicar los espacios públicos de convivencia social, tanto en las áreas «nobles» como en el distante suburbio pobre.**

demoler la trama del centro histórico, sustituyéndola por torres de oficinas, hoteles y departamentos de lujo.<sup>17</sup> Definida la orientación del Plan Estratégico de la Ciudad (1993), e integrada la participación comunitaria en el programa municipal Acuerdo Ciudadano para el Desarrollo de Montevideo, fueron establecidos los siguientes objetos de acción inmediata: a) mejorar las condiciones de vida y las infraestructuras de los servicios públicos de los estratos sociales de menores recursos; b) rescatar la perdida identidad y calidad estética de los espacios públicos situados en las áreas suburbanas; c) articular con el territorio rural y regional la expansión de la ciudad «compacta»; d) densificar el tejido urbano; e) valorizar los asentamientos urbanos a lo largo de la franja costera del Río de La Plata, caracterizados por su función recreativa y turística; f) dilatar los espacios públicos y las áreas verdes; g) recuperar y restaurar los deteriorados edificios existentes en el área histórica de la Ciudad Vieja.<sup>18</sup>

Algunas de las principales intervenciones llevadas a cabo en el centro de la ciudad fueron: la revitalización y diseño del mobiliario urbano en la Avenida 18 de Julio; la nueva configuración de la Plaza de la Independencia, antesala de la Ciudad Vieja y preanunciada por la cuadrícula dibujada en el piso; la libertad plástica de la Plaza 1º de Mayo, situada frente al Palacio Legislativo, que enmarca el espacio libre para las manifestaciones políticas. Se otorgó particular importancia al centro histórico y a las infraestructuras portuarias, y se creó un área peatonal alrededor de la Aduana y del Mercado del Puerto, importante centro de vida social cotidiana. Con el apoyo de la española Junta de Andalucía, a través de la Conserjería de Obras Públicas y Transportes, se desarrolló un ambicioso programa de recuperación de las casas abandonadas en la Ciudad Vieja y en el popular barrio de Reus, integradas en conjuntos habitacionales especulativos surgidos a finales del siglo XIX.<sup>19</sup> El plan fue ejecutado con el trabajo de obreros reunidos en cooperativas de ayuda mutua, con el fin de crear viviendas populares.<sup>20</sup> La perspectiva futura de expansión de la ciudad se orienta en dirección oeste, rodeando la profunda bahía, hasta alcanzar la fortaleza del Cerro,

monumento simbólico del período colonial y ubicada en una altura con una maravillosa vista panorámica. Como indicación de una voluntad urbanística, a los pies del Cerro fue ubicado el emotivo y ascético Memorial de los Desaparecidos (2000), elaborado por los arquitectos Martha Kohen y Rubén Otero, en recuerdo a las víctimas de la dictadura militar.

### El pueblo en las calles de Santiago de Chile

Quienes tuvieron la emotiva experiencia de participar en la euforia popular durante el corto gobierno de Salvador Allende, recuerdan la presencia masiva de la población en los espacios públicos de la ciudad. Algunos habían sido equipados por la municipalidad, en los años 70, con infraestructuras culturales y recreativas. Entre ellos recordemos el parque O'Higgins, inaugurado en 1972. Al celebrarse en Chile la Tercera Conferencia Mundial sobre el Desarrollo y Libre Comercio, organizada por las Naciones Unidas (UNCTAD III), fue construida la sede en el centro de Santiago. El conjunto Gabriela Mistral, configurado por una torre de oficinas con un elaborado basamento que contenía las actividades culturales y las salas de reuniones, se convirtió en un icono urbano del gobierno socialista. Finalizado el evento internacional, fue transformado en un sitio de encuentro popular de jóvenes y estudiantes, partícipes de exposiciones, conciertos, representaciones teatrales y cinematográficas.<sup>21</sup> El 11 de septiembre de 1973, el golpe militar de Augusto Pinochet destruyó el Palacio de La Moneda —en el que fue asesinado Allende—, la dictadura se instaló en este conjunto que denominó Diego Portales (creador del sistema represivo policial chileno), y lo aisló con un alto muro, cerrándolo a toda actividad pública.

Durante el período de la dictadura, resultó restringida la vida social en el área central, que se dislocó para los barrios de la élite burguesa: Ñuñoa, Providencia, El Golf. En los años 70 y los 80, surgieron en esta zona lujosos edificios de oficinas de acero y cristal ocupados por empresas transnacionales, que asumieron los modelos internacionales del sistema

financiero globalizado, así como *malls* y *shoppings*, identificados por la presencia de las *griffes* sofisticadas en las avenidas Providencia, Pedro de Valdivia y Vitacura, como la torre Santa María (1977), San Ramón (1988) y la torre Shell Chile (1989). Este proceso continuó en la década de los 90 con la torre El Bosque (1994), el edificio De Capitales (1995) y el World Trade Center (1995). Algunos pocos fueron realizados por arquitectos locales de prestigio —Borja Huidobro, J. Echenique, E. Browne, J. Sabbag—, quienes se interesaron en cualificar el espacio público con amplias aceras, parques, plazas y estacionamientos subterráneos. Entre las intervenciones más recientes sobresale la inserción de obras de arte en la avenida Vitacura —de Jorge Figueroa y Paola Durruty (2001)—, y el elaborado diseño paisajístico de la plaza Perú, en el barrio Las Condes, de Sami de Mizrahi Dinar (2002).

Con el fin de la dictadura, el centro de Santiago recuperó la vitalidad, identificada con la presencia multitudinaria de los peatones en las calles y plazas y la multiplicación del comercio informal. En un área específica del centro histórico quedó restringida la circulación vehicular y el espacio peatonal fue jerarquizado por el diseño del mobiliario urbano. La restauración de los monumentos coloniales y los edificios académicos de los siglos XIX y XX fue acompañada por la revalorización de los espacios públicos de significación simbólica, a lo largo de dos ejes principales. El primero conecta la Plaza de la Constitución, frente al Palacio de La Moneda, con la Plaza de Armas, circundada por los edificios de la Catedral, el Correo y la Municipalidad. El segundo, perpendicular, vincula este núcleo con el centro cultural de la estación de ferrocarril Mapocho. Con la restauración de La Moneda fue rediseñada la plaza, usualmente utilizada como estacionamiento de los automóviles oficiales. Los arquitectos Undurraga y Devés establecieron una circulación en diagonal que permitió una percepción dinámica del espacio «neoclásico», contrapuesta a la monumentalidad simétrica del palacio. Los arquitectos Rodrigo Pérez de Arce, Sebastián Bianchi, Álvaro Salas y Leonor Caamaño elaboraron una refinada solución paisajística de la Plaza de Armas, que fue dividida en espacios funcionales con una distribución de las áreas verdes, lo cual facilitó la valorización perceptiva de los monumentos y una integración homogénea entre el piso de la plaza, las aceras y las calles en un solo nivel, diferenciadas entre sí por las texturas del plano horizontal. Por último, el conjunto del Mercado Central y la estación Mapocho definió un núcleo gastronómico y cultural, de intensa participación popular en los eventos organizados en el gran espacio libre de la estación ferroviaria.<sup>22</sup>

## Bogotá: estética y solidaridad

En un país caracterizado por la continua violencia generada por una guerra civil que se prolonga por más de medio siglo, Bogotá, con más de seis millones de habitantes, pudo concretar ambiciosos planes urbanos y una alta calidad estética de su arquitectura. No resultó una historia fácil, marcada por trágicos acontecimientos: en 1948 se produjo la revuelta popular —el «Bogotazo»— por el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán, que destruyó parte del área central; en 1985, el ejército bombardeó el edificio de la Suprema Corte de Justicia, situado en la plaza Simón Bolívar, aniquilando jueces y guerrilleros del M-19. Estos habían ocupado el edificio y mantenían como rehenes a los magistrados. La arquitectura académica de la sede original fue sustituida por un banal posmodernismo que alteró la homogeneidad arquitectónica de la principal plaza de la ciudad.

El *campus* de la Ciudad Universitaria (1936), proyectado por el arquitecto alemán Leopoldo Rother, constituyó el punto de partida de la arquitectura moderna colombiana —basada en el lenguaje de las «cajas blancas»—, sustituida en la década de los años 50 por una expresión regionalista, con el empleo generalizado del ladrillo a la vista, desarrollado por los arquitectos Carlos Martínez y Rogelio Salmona.<sup>23</sup> En esos años, fueron aplicadas parcialmente las ideas urbanísticas —predominó la práctica del sistema vial— contenidas en el plan director elaborado por Le Corbusier, Paul Lester Wiener y José Luis Sert. Sin embargo, hasta los años 90, la dinámica del crecimiento urbano estuvo definida por el planeamiento tecnocrático, que favorecía la organización de las áreas «nobles» a partir de los modelos metropolitanos —aplicados en las torres de oficinas del Centro Administrativo Nacional y del Centro Internacional<sup>24</sup>—, mientras se construían anónimos conjuntos habitacionales en el suburbio, sin controlar el desordenado transporte público ni el crecimiento de los asentamientos periféricos espontáneos de los estratos sociales de bajos ingresos.

Este sombrío panorama cambió en la década de los años 90 con las iniciativas promovidas durante la gestión del alcalde Enrique Peñalosa Londoño, empeñado en la valorización del espacio público urbano y la calificación estética de la ciudad, objetivos que, afortunadamente, se han mantenido hasta hoy (2005) por sus sucesores en la dirección municipal. Con la creación del Distrito Capital en la nueva Constitución de 1991 y la elaboración del Plan de Ordenamiento Territorial 2001-2010, se propuso la organización de cinco nuevas centralidades distritales y la elaboración de nuevos proyectos urbanos con los siguientes

objetivos: a) priorizar la organización del transporte público; b) instalar infraestructuras técnicas en las áreas suburbanas y en los barrios con población de escasos recursos; c) crear equipamientos culturales, en particular bibliotecas barriales; d) establecer un sistema verde a escala distrital y de barrio, reintegrando el peatón a la vida urbana; e) revitalizar el abandonado centro tradicional al emigrar las funciones públicas.<sup>25</sup> Las intervenciones, asumidas en sus diferentes escalas, fueron elaboradas por profesionales de prestigio, quienes garantizaron la calidad estética de las obras arquitectónicas.

El sistema caduco y desordenado del transporte público, con obsoletos y viejos ómnibus y micros privados, fue transformado por la adopción del modelo brasileño de Curitiba: un sistema de ejes viales para la circulación prioritaria de ómnibus con paradas fijas. La estructuración del Transmilenio, por la eficiencia funcional, el acertado diseño de los equipos y las transparentes paradas —diseñadas por Javier Vera, Fernando León Toro Vallejo y Gabriel Jaime Giraldo Giraldo—, cambió la imagen del espacio público de Bogotá, facilitó a la población asentada en la distante periferia el acceso rápido al centro y logró disminuir la presencia del automóvil privado. La creación de un sistema de parques y plazas —fueron diseñados y recuperados aproximadamente novecientos, de diferentes tamaños y denominados «Parques para aprender a vivir»—, comprendió la escala del parque metropolitano —Simón Bolívar, El Tunal, San Cristóbal—, la creación de ejes verdes con ciclovías —Alameda Santa Fe (80 km de extensión a lo largo de varios barrios), Alameda El Porvenir (17 km), diseñadas por Felipe González, Pacheco Mejía, Juan Ignacio Muñoz Tamayo—, el asentamiento de espacios públicos verdes en áreas urbanas deprimidas —La Aurora II de Giancarlo Mazzanti, Rafael Esguerra Cleves y Carlos Hernández Correa<sup>26</sup>—, y las plazas secas en el centro de la ciudad: la plaza San Victorino elaborada por el Taller del Espacio Público, de Lorenzo Castro Jaramillo, y el mobiliario urbano de la Avenida Jiménez de Quesada, de Rogelio Salmona y Luis Kopec.

Por último, la creación de una red de bibliotecas públicas —algunas situadas en barrios populares— resultó una exitosa iniciativa ante la masiva afluencia de público, en particular de jóvenes y adolescentes. Las principales fueron proyectadas por prestigiosos arquitectos locales: la Virgilio Barco, de Rogelio Salmona; El Tunal, de Manuel Antonio Guerrero, Suely Vargas y Marcia W. de Vargas; El Tintal, de Manuel Bermúdez, entre otros. La experiencia desarrollada en Bogotá constituye un modelo significativo en América Latina, no solo por la calidad estética y el valor cultural

de los proyectos ejecutados, sino principalmente por la preocupación de multiplicar los espacios públicos de convivencia social, tanto en las áreas «nobles» como en el distante suburbio pobre, dentro de las precarias condiciones de equilibrio existentes en el sistema político neoliberal, y contraponiéndose a la segregación espacial y social de la ciudad impuestas por la especulación, los intereses del capital financiero y las élites locales.

## Caracas: una ciudad en conflicto

La ciudad es el espejo de la vida económica, social, política y cultural de la comunidad que la habita. Al conformarse sus estructuras físicas y espaciales a lo largo del proceso histórico, cambia de valor y significado en coincidencia con las transformaciones de la vida social. Caracas es el reflejo de las profundas tensiones y contradicciones que caracterizaron la historia de Venezuela. A lo largo de casi tres siglos, la adormecida economía colonial mantuvo estática la trama regular hispánica, incluso hasta finales del siglo XIX. En las primeras décadas de la República, el carácter académico de los edificios públicos —el Capitolio y la Universidad—, es asociado con una concepción democrática del espacio público, cuyo clímax se alcanza en la céntrica plaza Bolívar. En el área del centro histórico, Carlos Raúl Villanueva proyecta un conjunto habitacional moderno —El Silencio (1942)—, en el que mantiene el equilibrio entre las nuevas formas arquitectónicas y el uso popular de galerías, calles y plazas.<sup>27</sup> Con el descubrimiento del petróleo, en los años 20, el país comenzó a subsistir mediante la explotación de este recurso natural, abandonando la explotación agrícola y ganadera. La incipiente industria fue reactivada en los años 50 con la explotación de las minas de hierro, en el Orinoco. Los infinitos recursos disponibles permitieron trazar viaductos de alta velocidad y gigantescas torres —el conjunto Parque Central de Siso & Shaw (1979)— y tratar de eliminar los asentamientos precarios espontáneos en el valle de Caracas, sustituidos por innumerables bloques de departamentos (1952) diseñados por Carlos Raúl Villanueva.<sup>28</sup> La ciudad «dual», conformada por los barrios «formales», ricos, de la zona este y los asentamientos pobres de la zona oeste —con más de la mitad de la población, de cuatro millones, habitando en los cerros—, definió un paisaje segregado e inhabitable, dominado por la invasora presencia del automóvil.

En las décadas de los años 70 y los 80 surgieron diversas iniciativas urbanísticas que intentaron recuperar la «humanidad» urbana y la perdida integración espacial y social. La creación del Metro, a lo largo del valle y

con ramificaciones hacia los barrios populares, permitió valorizar el inexistente transporte público e integrar los diferentes grupos sociales que lo utilizaron. Su alta calidad de diseño —realizado por un equipo dirigido por Max Pedemonte— y la inserción de obras de arte en todas las estaciones, constituyeron factores importantes en la educación estética de la población. A su vez, resultaron elementos de revitalización urbana, al crear en su entorno áreas peatonales y plazas, en los diferentes barrios. Otra iniciativa, desarrollada por Carlos Gómez de Larena, tuvo como objetivo el rescate de la Avenida Bolívar —eje vial de alta velocidad— para el peatón, suspendiendo la construcción de torres de oficinas y completando los espacios libres con galerías porticadas, plazas y centros recreativos y culturales. La creación del Parque Vargas y el rediseño y refuncionalización de los bloques de oficinas del Centro Simón Bolívar, convertidos en el Palacio de Justicia, crearon un «sistema» de espacios funcionales y articulados entre sí que culminaban en el área central y popular de la ciudad. Al mismo tiempo, en el asentamiento espontáneo de San Agustín, próximo al Parque Central, se intentó organizar un centro de servicios —La Franja, de Manuel Delgado (1989)—, cuyo diseño no fue asimilado por la comunidad. Constituían intervenciones orientadas hacia la creación de espacios públicos de calidad, que intentaban reducir la segregación espacial y social en el contexto urbano.<sup>29</sup>

Algunos críticos de la arquitectura —Segre, Gómez, Posani, Niño, Hernández de Lasala— apoyaron estas iniciativas, hipotéticamente exitosas. Sin embargo, el urbanista Martín Frechilla tuvo una percepción más realista al comprender la gravedad de los conflictos sociales existentes, cuyas tensiones casi a punto de explotar, invalidaban las propuestas de diseño urbano.<sup>30</sup> Tesis ratificada por la violencia desatada en Caracas en 1989 (El Caracazo) contra las medidas económicas impuestas por el presidente Carlos Andrés Pérez. Los habitantes pobres de los cerros bajaron a la ciudad «formal» y vandalizaron tiendas y *shoppings* de la clase media.<sup>31</sup>

A partir de ese momento, se desencadenó una crisis política, económica y social en el país que culminó con la elección de Hugo Chávez para el cargo de presidente (1998). Asumiendo la representación de las clases sociales menos favorecidas económicamente, inició un proceso de transformación de las leyes vigentes en la Constitución, estableciendo la «democracia participativa» (1999), cuyos objetivos no fueron alcanzados ante la violenta reacción de la oposición al gobierno, antagonismos que se manifestaron agresivamente en el espacio urbano, transformando Caracas en una ciudad partida.

La clase media, encerrada en sus espacios privatizados de la zona este de la ciudad convertidos en feudos y *guettos* de los municipios identificados con la «oposición» —Chacao, Baruta, El Hatillo y las urbanizaciones de La Florida, El Paraíso, Bellomonte—, creó un entorno para el desarrollo de sus acciones políticas, concentradas en la plaza Altamira, denominada «plaza de la Libertad», que luego se extendieron por las autopistas hasta la avenida Bolívar.<sup>32</sup> Los «chavistas» ocupaban el extenso territorio del municipio Libertador en la zona oeste, llegando hasta el centro y la avenida Bolívar, convertida en campo de confrontación de los dos grupos antagónicos. Al finalizar, sin éxito, la prolongada huelga del año 2003, y lograr Chávez una significativa victoria en el Referéndum (2004), se calmaron las tensiones sociales y la violencia cotidiana, pero se detuvieron las iniciativas gubernamentales destinadas a intervenir en las áreas de la ciudad consolidada. Sin dudas, los intereses políticos están dirigidos hacia la mejoría de las condiciones de vida de la población de baja renta, actuando en los dilatados asentamientos esparcidos en los cerros. Cuando la democracia participativa encuentre su estado de equilibrio, la ciudad volverá a contener los sitios de encuentro de los miembros diferenciados de la comunidad.

## Notas

1. Fernando de Terán, comp., *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid, 1989.
2. Ramón Gutiérrez, *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1983.
3. Juan Carlos Pérgolis, *La Plaza. El centro de la ciudad*, Universidad Nacional de Colombia, Stoa Libris Ediciones, Bogotá, 2002.
4. Jean-François Lejeune, *Cruauté & Utopie. Villes et paysages d'Amérique latine*, Centre International pour la Ville, l'Architecture et le Paysage, Bruselas, 2003.
5. Roberto Segre, *Las estructuras ambientales de América Latina*, Siglo XXI Editores, México DF, 1977.
6. Roberto Segre, ed., *América Latina en su arquitectura*, UNESCO / Siglo XXI Editores, México DF, 1975; Jorge Enrique Hardoy y Margarita Gutman, *El impacto de la urbanización en los centros históricos de América Latina*, Mapfre, Madrid, 1991.
7. Eric Mumford, *The CLAM Discourse on Urbanism, 1928-1960*, MIT Press, Cambridge, 2000.
8. Roberto Segre, «América Latina urbana. El colapso de los modelos en la crisis de la modernidad», en *Planning Models and the Culture of Cities. 11th. Conference of the International Planning History Society (IPHS)*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 2004, pp. 57-70.

Roberto Segre

9. Joseph L. Sacarpaci, *Plazas and Barrios. Heritage Tourism and Globalization in Latin American Centro Histórico*, The University of Arizona Press, Tucson, 2005.
10. Roberto Segre y Antonio Vélez Catraín, «Por qué hablar de modelo europeo de ciudad en América Latina?», *Revista de Occidente*, n. 230-1, Madrid, julio-agosto de 2000, pp. 11-24.
11. Miguel Ángel Roca, *Obras y textos*, Editorial CP67, Buenos Aires, 1988; *De la ciudad contemporánea a la arquitectura del territorio*, Ediciones Eudecor, Córdoba, 1997.
12. Nestor Goular Reis, *São Paulo. Vila, Cidade, Metrópole*, Prefeitura de São Paulo, São Paulo, 2004.
13. Joan Busquets y Joan Alemany, *Plan Estratégico de Antiguo Puerto Madero*, Ayuntamiento de Barcelona / Corporación Antiguo Puerto Madero, Barcelona / Buenos Aires, 1990; Jordi Borja y Zaida Muxí, *L'espai públic: ciutat i ciutadania*, Diputación de Barcelona, Barcelona, 2001.
14. Alicia Novick, «La costa en proyectos», *Revista de Arquitectura*, n. 202, Sociedad Central de Arquitectos, Buenos Aires, 2001, pp. 58-81.
15. Claudio Vekstein, «River Coast Park», *Praxis. Journal of Writing + Building*, n. 4, Harvard University, Graduate School of Design, Cambridge, 2002, pp. 70-81.
16. Luciano Álvarez *et al.*, *El Montevideo que viene*, Comisión Financiera de la Rambla Sur, Intendencia Municipal de Montevideo, Montevideo, 1999.
17. Liliana Carmona y Julia María Gómez, *Montevideo. Proceso planificador y crecimientos*, Instituto de Historia de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura, Universidad de la República, Montevideo, 1999.
18. Mariano Arana, *Escritos. Nada de lo urbano me es ajeno*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1999.
19. Conserjería de Obras Públicas y Transportes, *Programa de Cooperación Internacional*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2000.
20. Benjamín Nahoum, *Las Cooperativas de vivienda por ayuda mutua uruguayas. Una historia con quince mil protagonistas*, Intendencia Municipal de Montevideo / Junta de Andalucía / Agencia Española de Cooperación Internacional, Sevilla / Montevideo, 1999, pp. 137-49.
21. Roberto Segre y Rafael López Rancel, *Architettura e territorio nell'America Latina*, Electa Editrice, Milán, 1982.
22. Humberto Eliash, ed., *XII Bienal de Arquitectura de Chile. Arquitectura de uso público. Reinventar el futuro*, Colegio de Arquitectos de Chile, Santiago de Chile, 2000.
23. Eduardo Samper Martínez, *Arquitectura moderna en Colombia. Época de oro*, Diego Samper Ediciones, Bogotá, 2000.
24. Alberto Saldarriaga Roa, *Bogotá Siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2000.
25. María Carolina Barco de Botero, ed., *Taller del Espacio Público. Proyectos 1998-2000*, Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2000.
26. Rodolfo Ulloa Vergara, ed., *XIX Bienal Colombiana de Arquitectura*, Sociedad Colombiana de Arquitectos, 2004.
27. Roberto Segre, «Carlos Raúl Villanueva. A cidade como obra de arte», *Arquitetura & Urbanismo*, n. 128, a. 19, São Paulo, noviembre de 2004, pp. 63-8.
28. Ídem.
29. Roberto Segre, *América Latina Fim do Milênio. Raízes e Perspectivas da Sua Arquitetura*, Studio Nobel, São Paulo, 1991.
30. Juan José Martín Frechilla, «De la ciudad como negocio a la planificación como pretexto», *El Plan Rotival. La Caracas que no fue. 1939-1989*, Ediciones del Instituto de Urbanismo. Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1991, pp. 73-107.
31. María Pilar García-Guadilla, «Territorialización de los conflictos socio-políticos en una ciudad sitiada: guetos y feudos en Caracas», *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales (CyTET)*, n. 136-7, a. XXXV, Madrid, 2003, pp. 421-40.
32. Armando Montilla, «Tomando las calles: Caracas 2002-2003», en *Aula*, n. 4 (Arquitectura y Urbanismo en las Américas), School of Architecture, Tulane University, Nueva Orleans, 2004, pp. 44-53.

© TEMAS, 2006